

usted a sus insensatos proyectos, y como si nada hubiese ocurrido.

—No puede ser—dijo el mulato.

—Calcule usted con qué gente se ha comprometido.

—Usted olvida, milord, que esos hombres de quienes habla usted con tanto desdén, son mis hermanos, y que me han reconocido a mí, menospreciado por los blancos, por su jefe; usted olvida que desde el momento en que esos hombres han puesto en mis manos sus vidas, yo les he abnegado la mía.

—¿Así, pues, se niega usted a aceptar?

—Me niego.

—¿Pese a mis instancias?

—Usted perdone, milord, pero no puedo prestar oídos a ellas.

—¿Pese al amor de usted por Sara y al amor de Sara por usted?

—Pese a todo.

—Reflexiónelo usted bien.

—Ya lo he reflexionado.

—Está bien—dijo lord Murrey.—Ahora permítame usted que le haga una postrera pregunta: de estar trocados nuestros papeles ¿qué haría usted?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si yo fuese Jorge Munier, jefe de una sublevación, y usted lord Guillermo Murrey, gobernador de la isla de Francia, y me tuviese usted en sus manos como yo tengo a usted en las mías, ¿qué haría usted, repito?

—Dejaría salir de aquí al que ha venido fiado en la palabra de usted, en la creencia de que se le había mandado a llamar para una cita y no para armarle un lazo, y, llegada la noche, de tener fe en la justicia de mi causa, apelaría a Dios para que él decidiese entre nosotros.

—Pues haría usted mal, porque desde el momento en que yo hubiese desenvainado mi espada, no habría salvación para usted; desde el punto en que hubiera encendido la tea de la sublevación, debería apagarla en mi sangre. No, Jorge, no quiero que un hombre como usted suba al patíbulo, ¿oye? no quiero que un hombre como usted muera como un rebelde vulgar, cuyas intenciones serán calumniadas, cuyo nombre será manchado, y para salvarlo de tal desventura, para arrancar a usted de su sino, lo retengo preso.

—¡Milord!—exclamó Jorge tendiendo en torno de sí la mirada para ver si había alguna arma al alcance de su mano y con la cual pudiese defenderse.

—¡Hola! ¡entren!—profirió lord Murrey en alta voz;—¡entren y prendan a este hombre!

Al llamamiento del gobernador entraron cuatro soldados y un cabo y rodearon a Jorge.

—Lleven al caballero a la cárcel y enciérrenlo en la pieza que he mandado preparar esta mañana; pero a la par que lo vigilen severamente, ni ustedes ni nadie le falten a las atenciones a que es acreedor.

Dichas estas palabras, el gobernador saludó a Jorge, que se salió del salón custodiado por los soldados que por él acababan de entrar.

XXII

LA SUBLEVACIÓN

Fué tan rápido e inesperado lo que acababa de pasar, que Jorge ni siquiera tuvo tiempo de prepararse; pero gracias al dominio que sobre sí ejer-

cía, ocultó bajo una impasible y no interrumpida sonrisa de indolente desdén las sucesivas emociones que sintió.

El preso y sus guardas salieron por una puerta posterior, frente a la cual estaba aguardando el coche de lord Murrey; pero por coincidencia rara, o quizás por previsión, Miko Miko pasó en el instante en que Jorge se subía al coche, y cruzó con el joven una mirada de inteligencia.

En virtud de la orden del gobernador, Jorge fue llevado a la cárcel, grande edificio situado en la calle del Gobierno, y encerrado en el aposento indicado por aquél, aposento previamente dispuesto con todas las comodidades posibles. El mobiliario era limpio, y casi elegante la cama, por manera que la pieza aquella estaba muy lejos de parecer un calabozo. Lo único que había era que la ventana estaba enrejada.

Tan luego Jorge se halló encerrado y solo, se llegó a la ventana, y vio que ésta se hallaba a unos veinte pies de altura y miraba a la fonda de Coignet, una de cuyas ventanas estaba situada frente por frente de la suya, y que por estar abierta en aquel momento, permitía ver hasta lo último del cuarto a que pertenecía.

Jorge se quitó de la ventana, y se llegó a la puerta, y, escuchando atentamente, oyó como colocaban un centinela en el corredor; luego tornó a la ventana y la abrió.

En la calle no había centinela alguno, lo cual quería decir que para la guarda del preso contaban con la reja, en realidad suficientemente robusta para tranquilizar al vigilante más meticuloso.

No había, pues, esperanza de evadirse sin auxilio ajeno; pero indudablemente esperaba Jorge tal auxilio, pues dejó abierta la ventana, y no quitó de la fonda de Coignet los ojos. En efecto,

sus esperanzas no quedaron defraudadas; una hora después el joven mulato vio a Miko Miko, con su bambú al hombro, atravesar el cuarto frontero con un criado de la fonda.

El chino y Jorge sólo cruzaron una mirada que, con ser fugaz, tranquilizó al mulato; el cual se quedó en la apariencia casi tan sereno, desde aquel instante, como si se hubiese hallado en su aposento de Moca, por más que de tiempo en tiempo fruncía las cejas y se pasaba la mano por la frente. Es que bajo aquella apariencia sosegada iban amontonándose en su espíritu mil ideas que, cual mar que se embravece, le combatían con su flujo y reflujo el cerebro.

Con todo eso, las horas iban transcurriendo sin que circunstancia alguna indicase a Jorge que en la ciudad se hiciese el menor preparativo. No se oía taparapatán de tambores ni choque de armas. Sin embargo, Jorge, engañado dos o tres veces por un ruido semejante a un redoble, llegóse a la ventana; pero cada vez vio que el ruido que él tomara por el de la caja de guerra lo producían unos carros cargados de pipas.

La noche iba acercándose, y, conforme la luz menguaba, Jorge, más y más inquieto y agitado, con movimiento febril que intentaba tanto menos refrenar cuanto estaba solo, iba de la puerta, incesantemente vigilada por el centinela, a la ventana, guardada solamente por sus barrotes.

De tiempo en tiempo Jorge se llevaba la mano al pecho, y una ligera contracción de su rostro indicaba que sentía una de esas instantáneas oprimiriones de corazón que el hombre más valiente no es poderoso a señorear en las circunstancias supremas de la vida; sin duda pensaba entonces el joven en su padre, ignorante del peligro que su hijo corría, y en Sara, que, sin sospecharlo, lo atrajera a aquel peligro.

Jorge, con sentir contra lord Murrey una de esas rabias frías y concentradas que un jugador perdidoso siente contra su contendor, no podía menos de confesar que en aquella ocasión no sólo había aquél guardado para con él todos los aristocráticos miramientos que le eran habituales, pero también que no lo hiciera arrestar sino después de haberle abierto todas las vías de salvación que estaba en su mano abrirle. Lo cual no era óbice para que lo hubieran arrestado bajo nota de alta traición.

En esto cerró la noche, y el mulato consultó su reloj; eran las ocho y media, y a las diez tenía que estallar la sublevación.

De improviso Jorge levantó la cabeza y clavó de nuevo los ojos en la fonda de Coignet, o por mejor decir, en el cuarto de marras, en el que viera moverse un bulto, el cual bulto le hizo una señal.

Jorge se ladeó, y al través de la calle y de los barrotes pasó un paquete que cayó en medio del calabozo. El mulato recogió apresuradamente el paquete, que contenía una cuerda y una lima, y como no esperaba sino aquel auxilio exterior, desde aquel punto tuvo su libertad en sus manos, la libertad para la hora del peligro.

Jorge escondió la cuerda entre los colchones, y aprovechando la oscuridad de la noche, empezó a limar uno de los barrotes, bastante separados entre sí para que, faltando uno, el preso pudiese pasar por la abierta brecha.

La lima de que se valía Jorge era sorda; y como a las siete habían servido la cena al joven, éste estaba casi seguro de que no lo interrumpirían en su trabajo.

Con todo eso, la labor adelantaba con lentitud, y durante ella sonaron las nueve, las nueve y media y las diez. Mientras Jorge limaba el barrote de

hierro, parecióle al joven que hacia la extremidad de la calle del Gobierno, del lado de la calle de la Comedia y del puerto, hacían grandes fogatas; pero por la ciudad no rondaba patrulla alguna, ni se encaminaba al cuartel soldado alguno rezagado.

Para Jorge era inexplicable aquella apatía del gobernador, cuanto más que lo conocía demasíadamente para pensar que no había tomado las precauciones debidas.

Sin embargo, como hemos dicho, la ciudad parecía estar sin defensa y como abandonada a sí misma.

Con todo, al sonar las diez, a Jorge le pareció que tomaba más cuerpo el rumor que venía del campo malabar, que era por donde tenían que llegar los sublevados luego de haberse reunido en la margen del río de las Latánias.

Jorge redobló, pues, sus esfuerzos; el barrote estaba ya cortado por el pie, y la lima lo había ya decentado por arriba.

El rumor iba aumentando por momentos, y ya no cabía duda que lo causaban las voces de millares de hombres. Laísa había cumplido su palabra.

Por los labios de Jorge vagó una sonrisa de gozo, y un rayo de orgullo le iluminó la frente; por fin iba a empeñarse la lucha, lucha quizá no coronada de la victoria, pero al cabo lucha, y él iba a tomar parte en ella, pues el barrote ya sólo se sostenía por un hilo.

Jorge escuchaba, pues, con el oído atento y el corazón palpitante, el cada vez más próximo rumor, y observaba los resplandores que ya notara y que se hacían más y más vivos. ¿El fuego ardía en Puerto Luis? No podía ser, pues no se oía voz alguna de socorro. Además, aunque el rumor era incesante, lo singular, lo extraordinario era que más parecía alegre que amenazador; no

se oía chocar de armas, ni en la calle donde estaba situada la cárcel se veía alma viviente.

El joven mulato esperó un cuarto de hora más, en la confianza de que resonarían algunos fusilazos que acabarían con su inquietud anunciándole que blancos y negros habían llegado a las manos; pero el rumor continuó sin que con él se mezclase el ansiado traquido de la fusilería.

Entonces el preso juzgó que lo primordial para él era fugarse, y, sacudiendo el barrote, lo arrancó; luego afianzó Jorge la cuerda en la basa del barrote, arrojó éste a la calle para hacer de él un arma, pasó al través de la abertura, se escurrió a lo largo de la cuerda, llegó felizmente al suelo, recogió el barrote, y a todo correr se entró por una de las calles transversales, hacia la de París, que atraviesa de uno a otro extremo el distrito septentrional de la ciudad, y al llegar a la esquina de una calle vivamente iluminada, todo lo comprendió. Las calles del lado del campo malabar, esto es, las que miraban hacia el punto por el cual los sublevados habían de entrar en la ciudad, estaban iluminadas como para un día de fiesta, y, de trecho en trecho, frente a las casas principales, había barriles de arac, aguardiente y ron desfondados, como para una distribución gratis.

Los negros, que arremetieran contra Puerto Luis profiriendo gritos de rabia y de venganza, al llegar se encontraron con las calles iluminadas y con los tentadores barriles. Por el pronto las órdenes de Laísa y la sospecha de que aquellas bebidas estaban envenenadas, los retuvieron; pero a no tardar se sobrepuso la afición a la disciplina y al temor, y algunos se pusieron a beber lanzando tras cada sorbo voces de alegría que decidieron a los demás a imitarlos. En un cerrar de ojos, aquella multitud, que bastaba para acabar con

Puerto Luis, se desparramó por las calles y se agrupó en torno de los barriles prorrumpiendo en gritos de alegre rabia, bebiendo con afán el aguardiente, el ron y el arac, eterno veneno de las razas negras, a vista del cual no hay negro que resista, y en cambio del cual vende a sus hijos, a su padre, a su madre y acaba con frecuencia por venderse a sí mismo.

De ahí la singular, la para Jorge inexplicable expresión de los rumores. Lord Murrey había puesto en práctica el consejo de Jacobo, y, como se ve, el resultado no podía ser más excelente. La sublevación, ya en la ciudad, se había amortiguado antes de llegar al distrito que se extiende desde la Montaña Chica al Agujero Fanfarrón, y fué a morir a un centenar de pasos del palacio del gobernador.

Jorge, a vista de aquel espectáculo, conoció que su causa estaba perdida, y, acordándose de la predicción de su hermano, se estremeció de cólera y de vergüenza. Los hombres con quienes contaba para cambiar la faz de las cosas, trastornar la isla y vengar dos siglos de esclavitud con una hora de triunfo y un porvenir de libertad, estaban allí riendo, cantando, danzando, desarmados, borrachos, dando traspiés, sin fuerzas todos juntos para resistir a trescientos soldados que a latigazos los hubiesen llevado otra vez al yugo.

Así, pues, la dilatada labor de Jorge sobre sí mismo estaba perdida; el profundo estudio que hiciera de su corazón, de su energía y de su valor era inútil, y la superioridad de carácter que le diera Dios, y su conocimiento adquirido sobre los hombres, venían a estrellarse ante los instintos de una raza que tenía en más el aguardiente que la libertad.

El mulato sintió al punto la nada de sus ambiciones; por un instante su orgullo lo había transportado a la cumbre de una montaña, y héchole ver a sus pies todos los reinos de la tierra; luego, y cual una visión, todo había desaparecido. Y Jorge se hallaba cabalmente en el mismo lugar en que su engañador orgullo lo tomara. Apretando entre sus dedos el barrote, sentía irresistibles ímpetus de arrojarse en medio de aquellos miserables y henderles los embrutecidos cráneos, que no habían tenido la fuerza de resistir la grosera tentación de que él era la víctima.

Por las calles se veían grupos de curiosos que con tanta boca abierta y con ojos de admiración contemplaban la improvisada fiesta dada por el gobernador a los esclavos, y se preguntaban uno a otro, sin que nadie supiera qué responder, qué significaba aquella orgía.

Jorge fué de uno en otro grupo, mirando hasta lo último aquellas largas calles, iluminadas y henchidas de negros borrachos que proferían voces insensatas. ¿Qué buscaba el joven en medio de aquella muchedumbre de seres inmundos? Un hombre, un solo hombre, con quien contaba aún en aquella degradación general. Aquel hombre era Laísa.

De improviso nuestro héroe oyó un gran rumor que procedía del lado de la cárcel; luego descargas de fusilería hechas con la regularidad que suele de tropa de línea, y otras descargas caprichosas, como son las de tropas irregulares.

Por fin había un punto en el cual peleaban.

Jorge echó a correr hacia el sitio de la lucha, y cinco minutos después llegó a la calle del Gobierno. Los contados negros que combatían guiábalos Laísa, el cual, sabedor de que Jorge estaba preso,

al frente de cuatrocientos hombres había dado la vuelta a la ciudad y encaminándose a la cárcel para libertarlo.

Era indudable que aquel ataque había sido previsto, pues en cuanto parecieron los sublevados al extremo de la calle, cerró contra ellos un batallón inglés.

Ya Laísa había supuesto que no le dejarían libertar sin lucha a Jorge; pero contaba con la diversión que tenía que operar el resto de sus fuerzas al llegar por las calles adyacentes al campo malabar. Por desgracia, empero, la diversión no se había efectuado por las causas que hemos visto.

Jorge se puso de un salto a la cabeza de los combatientes, llamando a grandes voces a Laísa, hombre digno de serlo, de temple igual al suyo.

Los dos jefes se reunieron en medio de las descargas, y, sin buscar abrigo contra las balas que en torno de ellos silbaban, cruzaron algunas palabras con la rapidez que exigía lo supremo de las circunstancias. En un instante Laísa estuvo al corriente de todo, y moviendo a uno y a otro lado la cabeza, se limitó a decir:

—Todo está perdido.

Jorge intentó levantar las esperanzas a Laísa, le aconsejó que hiciese un esfuerzo para imponerse a los bebedores; pero el negro se sonrió con profundo desdén y replicó:

—Mientras tengan aguardiente que beber, no puede esperarse nada de ellos.

Ahora bien, los toneles desfondados eran en cantidad bastante para que el aguardiente no faltase.

Toda lucha era inútil en el punto donde se había empeñado, pues Jorge, a quien Laísa venía a libertar, estaba libre.

Jorge, pues, no tenía que deplorar sino la pérdida de una docena de hombres puestos fuera de combate y dar la señal de retirada; pero la retirada era ya imposible efectuarla por la calle del Gobierno, pues mientras Laísa y los suyos hacían rostro al batallón inglés que les atajara el paso, otro destacamento, emboscado en el polvorín, salía de él a tambor batiente y venía a cerrar el camino por el cual Laísa y sus negros habían llegado. No hubo, pues, otro remedio que tomar por las calles adyacentes al Palacio de Justicia, y por ellas regresar a las inmediaciones de la Montaña Chica y al campo malabar.

Apenas Jorge, Laísa y los suyos hubieron avanzado doscientos pasos, cuando se hallaron en las calles iluminadas y provistas de toneles, calles que ofrecían ahora un espectáculo más inundo que la primera vez; esto sin contar que en cada bocacalle brillaban las bayonetas de una compañía inglesa.

Jorge y Laísa cruzaron una sonrisa como queriendo decir que no se trataba ya de vencer, sino de morir con dignidad. Sin embargo, los dos resolvieron hacer un postrer esfuerzo, y, tomando por la calle principal, intentaron reunir a sus escasas fuerzas a los revoltosos; pero apenas si algunos estaban en estado de oír las voces y las exhortaciones de sus jefes; muchos no hicieron caso de ellos y continuaron cantando con avinada voz y danzando con temblorosas piernas, y los más, ya en el último grado de la borrachera, se revolcaban por el suelo y cada vez más perdían la noción de sí mismos.

Laísa empuñó un látigo y empezó a descargarlo sin misericordia sobre aquellos miserables, mientras Jorge, apoyado en el barrote de hierro, única

arma que tocado había, semejante a la estatua del Desprecio los miraba inmóvil y con soberano desdén.

Pocos minutos bastaron para que Jorge y Laísa quedasen plenamente convencidos de que nada podían esperar, y de que cada segundo que perdían equivalía para ellos a un año menos de existencia; a lo cual hay que añadir que algunos de los suyos, arrastrados por el ejemplo, fascinados por la vista de la embriagadora bebida, aturdidos por el vaho alcohólico que les subía al cerebro, empezaban a desbandarse a la vez. Urgía, pues, aprovechar el tiempo, salir de la ciudad, si es que aun podían efectuarlo.

Jorge y Laísa reunieron a los negros que les permanecían fieles, en junto unos trescientos hombres, y, poniéndose al frente de ellos, se encaminaron resueltamente hacia la extremidad de la calle que, como va dicho, estaba cerrada por un muro de soldados. Al llegar a unos cuarenta pasos de los ingleses, éstos hicieron fuego y derribaron a diez o doce hombres; pero los dos jefes quedaron en pie y dieron la voz de adelante. Los soldados de la segunda fila hicieron fuego a la vez, cuando estuvieron a veinte pasos de ellos los negros, que ahora sufrieron pérdidas todavía mayores; pero casi al punto se reunieron los dos bandos, y empezó la lucha cuerpo a cuerpo, lucha terrible, espantosa, como saben sostenerlas los soldados ingleses, que mueren matando sin ceder un palmo de terreno. Los negros peleaban con las energías de la desesperación, pues sabían que de caer prisioneros les esperaba una muerte ignominiosa, y, por tanto, querían morir libres. Jorge y Laísa hacían prodigios de audacia y de valor: Laísa tenía cogido su fusil por el cañón y se servía de él como de un azote, y

Jorge esgrimía como una maza de armas el barrote que arrancara de la ventana, mientras los negros los secundaban a las mil maravillas, arremetiendo a los ingleses a bayonetazos, y los heridos se arrastraban entre los combatientes para cortar a cuchilladas los corvejones a sus enemigos.

La lucha duró espacio de diez minutos, encarnizada, mortal, sin que fuese posible decidir de parte de quien se declararía la victoria; sin embargo, la desesperación venció a la disciplina: las filas inglesas se abrieron cual dique que revienta, y dejaron pasar el torrente, que se desparramó al punto fuera de la ciudad.

Jorge y Laísa, que estaban a vanguardia, se quedaron a retaguardia para proteger la retirada, hasta que por fin llegaron a la Montaña Chica, lugar escarpado en demasía y excesivamente cubierto de bosque para que se atreviesen a aventurarse en él los ingleses. Los sublevados se reanimaron, pues, y unos veinte de ellos se agruparon en torno de sus jefes, mientras los demás se desparramaban por los lados para buscar la seguridad en las grandes selvas. Jorge citó para su casa de Moca a cuantos quisiesen formar causa común con él, anunciando que al amanecer del día siguiente partirían de allí para Puerto Grande, donde, como hemos dicho, se hallan los más cerrados bosques.

Estaba Jorge dando las últimas órdenes a las miserables reliquias de su ejército, con el cual esperaba por un instante conquistar la isla, y la luna iluminaba con su pálida luz el grupo que él dominaba, si no con su estatura, a lo menos con la voz y el gesto, cuando de improviso se inflamó una mata situada a unos cuarenta pasos de los fugitivos, retumbó un tiro, y Jorge cayó a los pies de Laísa, herido en un costado. Al mismo tiempo

salió de la todavía humeante mata un hombre del que por un instante pudo seguirse en la oscuridad su veloz carrera; aquel hombre se entró en la torrencera contigua, la siguió en su longitud, sin que nadie pudiera verlo, y, llegado que hubo a la extremidad de ella, describió una circunferencia y se reunió a los soldados ingleses, parados a orilla del arroyo de las Doncellas. Con ser veloz la carrera del asesino, Laísa lo conoció, y el herido, antes que hubiese perdido del todo el conocimiento, pudo oírle susurrar estas tres palabras acompañadas de un ademán de amenaza, tranquilo, pero implacable: «¡ Antonio el malayo !»

XXIII

EL CORAZÓN DE UN PADRE

Mientras se realizaban en Puerto Luis los acontecimientos que acabamos de relatar, Pedro Munier aguardaba ansiosamente en Moca el terrible resultado que le dejara entrever su hijo: habituado a la eterna supremacía de los blancos, había acabado por mirarla no sólo como un derecho adquirido, mas también como una superioridad natural. Así, pues, con tener mucha confianza en su hijo, no podía creer que ante él se allanasen aquellos a sus ojos insuperables obstáculos.

Al despedirse Jorge de su padre, éste cayó en una apatía profunda; el exceso de emociones que le sacudían el corazón, y la diversidad de pensamientos que tumultuosamente acudían a su cerebro, lo habían arrojado en una insensibilidad apa-

rente parecida a la idiotez. Por dos o tres veces le asaltó la idea de encaminarse a Puerto Luis para presenciar personalmente lo que iba a pasar; mas para salir al encuentro de una incertidumbre se necesita una fuerza de voluntad que no tenía el pobre padre. Como se hubiese tratado de arrostrar un peligro, Pedro Munier no habría titubeado un solo instante.

El día pasó, pues, en medio de angustias tanto más profundas, cuanto fueron íntimas, cuanto el que las sentía no osaba decir a nadie, ni aun a Telémaco, las causas del abatimiento respecto del cual le interrogaba; lo único que Munier hacía era levantarse de tiempo en tiempo de su sillón, llegarse con la frente agobiada a la ventana, mirar hacia la ciudad como si pudiese ver, y escuchar como si pudiese oír, y como nada podía oír ni ver, lanzaba un suspiro y tornaba a sentarse en su sillón, muda la lengua y con los ojos atónitos.

Llegada la hora de la comida, Telémaco, encargado de la parte doméstica de la casa, hizo disponer la mesa, y servirla, todo sin que Munier levantase ni una sola vez los ojos; luego, cuando todo estuvo listo, Telémaco dejó transcurrir un cuarto de hora, y al ver que su amo continuaba en la misma apatía, le dió un golpecito en el hombro.

—¿Y bien? ¿sabe algo?—profirió Pedro Munier estremeciéndose y levantándose con viveza.

Telémaco mostró a su amo la servida mesa; pero Pedro Munier se sonrió con amargura, movió la cabeza y se abismó de nuevo en su divagación. El negro comprendió que pasaba algo extraordinario, y no atreviéndose a pedir una explicación, miró en torno de sí como buscando una señal que pudiese ponerlo en las huellas del desco-

nocido acaecimiento; pero todo estaba en su sitio de costumbre; lo que sí era visible, era que en el hogar doméstico se había sentado aquella mañana el temor de una gran desventura.

De esta suerte transcurrió el día.

Telémaco, en la esperanza de que el hambre recobraría sus derechos, dejó servida la mesa; pero Pedro Munier estaba demasiado absorto para ocuparse en otra cosa que en su propio pensamiento.

El negro, al ver que por la frente de su amo corrían gruesas gotas de sudor, dióse a entender que aquél tenía calor y le ofreció un vaso de vino aguado; pero Pedro Munier apartó suavemente el vaso y preguntó a Telémaco:

—¿Nada sabes todavía?

Telémaco movió a uno y otro lado la cabeza, miró el techo y el suelo como para preguntarles si sabían más que él, y por último se salió para interrogar a los negros respecto de la causa oculta de la inquietud de su amo; pero al notar con asombro, que en la hacienda no había un solo negro, voló a la troj donde acostumbraban reunirse aquellos para sus labores particulares; pero la troj estaba solitaria. Entonces el negro regresó por el lado de las chozas, y no vió en ellas más que a las mujeres y a los niños. Telémaco interrogó a las mujeres, y por ellas supo que una vez terminado el trabajo del día, en lugar de entregarse al descanso, como solían, se habían armado y marchado por grupos en dirección del río de las Latañas. El negro tornó entonces adonde Pedro Munier, el cual, al oír que abrían la puerta, volvió el rostro y preguntó:

—¿Y bien?

Telémaco contó a su amo cuanto a él le habían referido las esclavas.

—¡Ay! ¡sí!—repuso Pedro Munier.

Ya no cabía duda, y las nuevas que el negro acababa de comunicar al desventurado padre contribuyeron a dar a entender a éste que había llegado el momento en que todo se decidía para él en la ciudad; porque desde el regreso de Jorge, el anciano, al ver a su hijo tan gallardo y tan valiente, tan confiado en sí mismo, tan aleccionado con lo pasado y tan seguro de lo porvenir, había por tal manera identificado su vida con la de su hijo predilecto, que llegó a convencerse de que los alentaba una misma existencia, y no comprendía que pudiese soportar la pérdida de su hijo, ni aun siquiera su ausencia. ¡Con qué amargura se echaba en rostro el haber dejado partir por la mañana a Jorge sin haberle interrogado, sin haber profundizado su pensamiento, sin conocer los peligros a que iba a exponerse! ¡Cómo se reprochaba el no haberle pedido que lo dejara marcharse con él! Pero al pensar que su hijo iba a emprender una lucha abierta contra los blancos lo había anadado de tal suerte, que desde el primer instante perdió toda fuerza moral. Que era ingénito en Pedro Munier, como hemos dicho repetidas veces, el no ser fuerte sino ante el peligro.

Entretanto cerró la noche, y las horas transcurrían sin traer nueva alguna, consoladora ni terrible. Sonaron las diez, y las once, y aunque la oscuridad era completa en el campo, y la hacían aún más negra las luces de la vivienda, Pedro Munier continuaba yendo a intervalos regulares, pero cada vez más cortos, de su sillón a la ventana y de la ventana a su sillón. Telémaco, verdaderamente desasosegado, se instaló en la misma pieza que su amo; pero con ser abnegado y fiel, no pudo vencer el sueño y se durmió en una silla arrimada

a la pared, en la cual se proyectaba su sombra como un dibujo al carbón.

A las dos de la madrugada, un perro guardián al que por la noche solían soltar para que vigilase los alrededores de la vivienda, perro que en la de aquel día, a causa de la preocupación de todos, no le habían quitado la cadena, lanzó un aullido sordo y plañidero. Pedro Munier, al oír al perro, se estremeció y se levantó; pero a aquella lúgubre voz, que los negros en su superstición, tienen por nuncio de una desventura cierta y próxima, le faltaron las fuerzas y vióse obligado a apoyarse en la mesa para no dar consigo en el suelo. Cinco minutos después el perro volvió a aullar, pero ahora más ruidosa, triste y prolongadamente; y por último, cinco minutos después del segundo, lanzó un tercer aullido más fúnebre y lamentable que los dos primeros.

Pedro Munier, pálido, mudo y trasudando, clavó los ojos en la puerta, pero sin moverse, como quien espera la desventura y sabe que por allí ha de entrar.

Poco después oyóse rumor de pasos de crecido número de personas, pasos que lenta y mesuradamente fueron acercándose a la vivienda y que al desventurado le parecieron los de un cortejo mortuario.

Sin tardanza la primera pieza pareció llenarse de gente que, fuese cual fuere, guardaba el más profundo silencio.

En medio de aquella quietud, al anciano le pareció oír un quejido, y en el quejido conocer la voz de su hijo.

—¡Jorge!—exclamó Pedro Munier;—¡Jorge! si eres tú, respóndeme, ven.

—Aquí estoy, padre—respondió una voz débil, y sin embargo sosegada.

Tras estas palabras se abrió la puerta y se presentó Jorge, pero apoyándose en las jambas, y tan pálido, que por un instante el infeliz padre dióse a entender que había evocado el espectro de su hijo y que éste se le aparecía; por manera que en vez de avanzar hacia Jorge, se hizo atrás, diciendo:

—Dime por favor qué te pasa, qué tienes.

—Una herida grave, padre—respondió Jorge;—pero tranquilícese usted, no es mortal, pues ya ve que ando y me sostengo en pie, aunque no puedo hacerlo por mucho tiempo.—Y en voz baja añadió:—Láisa, Láisa, las fuerzas me abandonan.

Dijo el joven mulato, y se dejó caer en los brazos del negro.

Pedro Munier voló a su hijo, pero éste estaba ya desmayado.

Efectivamente, Jorge, con la fuerza de voluntad que llegó a ser el distintivo de su carácter, pese a su endebles y a hallarse casi moribundo, quiso mostrarse en pie a su padre, no movido por uno de sus habituales arranques de orgullo, sino porque conociendo, como conocía, el profundo amor que le profesaba el anciano, temía que de verlo éste tendido, no pudiese resistir el golpe. Desoyendo las exhortaciones de Láisa, Jorge había, pues, dejado las angarillas donde los negros lo trajeran al través de los desfiladeros de la montaña del Pulgar, y con el valor sobrehumano, con la inflexible voluntad que en él se sobreponía aún a la endebles, se levantó, agarróse a las paredes, y, como de antemano lo resolviera, se mostró en pie a su padre, que realmente, como Jorge lo supusiera, recibió con menos rudeza el golpe.

Sin embargo, la férrea voluntad del joven hubo de ceder al dolor físico. Rendido por el esfuerzo

que acababa de hacer, Jorge, como hemos dicho, cayó sin conocimiento en los brazos de Láisa.

Tenía algo de terrible el ver, aun tratándose de hombres, el dolor de aquel padre; dolor sin quejas, sin sollozos, mudo, profundo y triste hasta la muerte.

Colocado que hubieron a Jorge en un sofá, el anciano se arrodilló a los pies de él, pasó un brazo por debajo de la cabeza de su hijo, y con los ojos clavados en los cerrados ojos de éste, con la respiración suspendida, y teniendo asida la colgante mano del herido, esperó sin hacer una pregunta, no preocupándose con pormenor alguno, sin informarse de nada; porque ¿qué le faltaba saber? su hijo estaba allí, herido, ensangrentado, sin conocimiento. ¿Qué le importaban, pues, las causas en presencia de tan terrible efecto?

Láisa estaba en pie, en la esquina de un aparador, apoyado en su fusil y mirando de tiempo en tiempo hacia la ventana para ver si amanecía. Los demás negros se habían retirado respetuosamente, después de haber colocado a Jorge en el sofá, a la pieza contigua y asomaban sus negras cabezas a la puerta, mientras otros permanecían agrupados en la parte de afuera, al pie de la ventana.

El número de los negros, muchos de los cuales estaban más o menos gravemente heridos, si bien ninguno de ellos parecía acordarse de sus heridas, iba aumentando incesantemente, pues los fugitivos, luego de haberse desbandado para sustraerse a la persecución de los ingleses, por diferentes caminos tornaron al ingenio, como tornan una tras otra al redil las ovejas extraviadas.

A las cuatro de la madrugada habla unos doscientos negros en torno de la vivienda.

Interin, Jorge, recobrado el conocimiento, había dirigido a su padre algunas palabras, pero con voz tan remisa, que el anciano, con serle grato oírle hablar, le hizo seña de que se callase. Luego Pedro Munier se informó de qué género era la herida, y preguntó qué médico hiciera la primera cura; a lo cual Jorge respondió sonriéndose y por medio de una ligera inclinación de cabeza, que quien lo curara era Laísa.

En las colonias hay negros que tienen fama de entendidos cirujanos, y a los cuales más de una vez los colonos blancos los envían a buscar con preferencia a los titulares; y esto se explica: aquellos hombres primitivos, semejantes a nuestros pastores, que con frecuencia disputan sus clientes a los más hábiles doctores, encontrándose, como se encuentran, incesantemente en presencia de la naturaleza, sorprenden, como los animales, algunos de los secretos que quedan ocultos a las miradas de los demás hombres. Ahora bien, Laísa tenía fama de experto cirujano en toda la isla, en la cual los negros atribulan su ciencia a la eficacia de ciertas palabras misteriosas o de ciertos hechizos, y los blancos a su conocimiento de tal o cual yerba o planta de las que únicamente él sabía el nombre y la propiedad. Pedro Munier quedó, pues, tranquilizado al saber que Laísa era quien había curado la herida de Jorge.

Entretanto iba llegando el día, y conforme transcurrían las horas, Laísa parecía estar más y más desasosegado. Por fin, el negro no pudo refrenarse, y so pretexto de tomar el pulso al herido, se acercó a éste y le habló en voz baja.

—¿Qué pregunta usted y qué quiere usted, amigo mío?—dijo Pedro Munier.

—Preciso es que usted sepa lo que Laísa quiere,

—respondió Jorge:—Laísa quiere que yo no caiga en poder de los blancos, y me pregunta si me siento con fuerzas para que me lleven a los grandes bosques.

—¡Llévate a los grandes bosques!—exclamó el anciano;—¡así, endeble como estás! ¡Es imposible!

—No cabe otro remedio, padre—repuso el joven,—a no ser que usted prefiera que me prendan aquí, en presencia de usted, y...

—¿Y qué?—preguntó Pedro Munier con ansiedad;—¿qué quieren de ti y qué pueden hacerte?

—¿Qué quieren de mí, padre? Quieren vengarse de que un miserable mulato haya tenido la osadía de luchar contra ellos y que por un instante los ha hecho temblar. ¿Qué pueden hacerme? Casi nada, descabezarme en el llano Verde.

El anciano palideció y se estremeció, pareció librar una lucha terrible en su corazón. Por fin, irguió la frente, movió a uno y otro lado la cabeza, y, mirando a Jorge, profirió:

—¡Prenderte a ti! ¡Cortarte la cabeza! ¡prender a mi hijo! ¡matarlo! ¡matar a mi Jorge! Y esto porque es más hermoso, más valiente y más instruido que ellos... ¡Ah! ¡qué venganza!...

Y con energía de la que cinco minutos antes se le hubiera tenido por incapaz, el anciano se abalanzó a su carabina, suspendida de la pared, y empuñando la hacia diez y seis años ociosa arma, exclamó:

—¡Que vengan y veremos! ¡Ah! señores blancos, a este pobre mulato se lo habéis arrebatado todo sin que nunca haya abierto la boca, y le habéis quitado la vida sin que tampoco hubiese proferido una queja; pero quitarle a su hijo para encarcelarlo, atormentarlo, cortarle la cabeza, ¡oh! eso no, señores blancos. Tengo contra vos-

otros cincuenta años de odio; venid, ya es hora de que saldemos nuestras cuentas.

—Muy bien, padre, muy bien—exclamó Jorge soliviándose y mirando con calenturientos ojos al anciano;—reconozco a usted.

—Sí, vayamos a los grandes bosques—prosiguió Pedro Munier,—y veremos si se atreven a seguirnos. Sí, ven, hijo mío, ven; más valen los grandes bosques que las ciudades. Allí está uno bajo la mirada de Dios, y Dios nos verá y nos juzgará.—Y volviéndose hacia los negros, añadió:—Muchachos, ¿he sido siempre para vosotros buen amo?

—¡Sí! ¡sí!—respondieron a una los negros.

—¿No me habéis dicho innumerables veces que me erais devotos, no como esclavos, sino como hijos?

—¡Sí! ¡sí!

—Pues bien, ha llegado la hora de probarme vuestra devoción.

—Ordene usted, nuestro amo—dijeron los negros.

—Entrad todos—repuso Pedro Munier. Y en cuanto los negros hubieron obedecido, añadió:—Mi hijo quiso salvaros, haceros libres, haceros hombres, y ved ahí su recompensa. Y no para todo aquí; herido, ensangrentado y en la agonía, quieren venir a prenderlo. ¿Os avenís a defenderlo, a salvarlo, a morir por él y con él?

—¡Sí!—respondieron los negros.

—¡Pues a los grandes bosques!—dijo el anciano.

—¡A los grandes bosques!—gritaron todos.

Sin demora trasladaron a Jorge del sofá a las angarillas de ramaje, y cuatro negros cargaron con él y tomaron la delantera acompañados de Lalsa y seguidos de los demás negros y de Pedro Munier, que dejó abierta de par en par la puerta de la casa, abandonada y huérfana de toda criatura humana.

El cortejo, compuesto de unos doscientos negros, siguió por algún tiempo el camino que lleva de Puerto Luis a Puerto Grande, y tras media hora de marcha torció a la derecha, hacia la falda del pitón del Centro, en demanda de las fuentes del río de los Criollos.

Antes de llegar a la falda opuesta de la montaña, Pedro Munier, que no se había movido de la retaguardia, se detuvo por breve espacio, se subió luego a una montañuela, y lanzando una postrera mirada a su hermosa vivienda, a sus feraces campos de caña dulce, casabe y maíz, a sus magníficos bosquecillos de pamplemusas, jambúes y tacamacos, y al espléndido horizonte de montañas que rodeaban su inmensa propiedad cual muralla gigantesca, pensó que habían sido menester tres generaciones de hombres honrados, laboriosos y bienquistos como él para convertir aquel trozo en el paraíso de la isla, y exhaló un suspiro y se enjugó una lágrima; luego, desvió la mirada y meneó la cabeza, y con la sonrisa en los labios emparejó con las parihuelas en que iba su hijo herido, por el cual abandonaba tantos bienes.

XXIV

LOS GRANDES BOSQUES

En el instante en que los fugitivos llegaron al manantial del río de los Criollos, amaneció, y los rayos del sol oriental alumbraron la granítica cumbre del pitón del Centro y despertaron a los habitantes de las selvas. Los hurones se levanta-